



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

**"Género y comercio sexual: perspectivas de una modelo de cámara web
sobre el trabajo sexual"**

Rodrigo Alpízar Jiménez

ENSAYO

Para obtener el Diploma de Especialización

en Antropología de la Cultura

Director: Dr. Néstor García Canclini

Ciudad de México

Octubre, 2019

Resumen

Este trabajo, explora algunas de las percepciones que ofrece una modelo de cámara web, acerca de lo que se conoce comúnmente como trabajo sexual. De esta manera, acudimos a una serie de propuestas teóricas correspondientes a distintas autoras que han asumido posturas respecto a ciertas controversias presentes alrededor del comercio sexual. Previo a esto, trazamos un breve compilado de ideas en torno a lo que se entiende por género, principalmente desde la perspectiva antropológica.

Palabras clave: *modelos de cámara web, prostitución, trabajo sexual, comercio sexual, género.*

Introducción

El ensayo que presento a continuación, guarda estrecha relación con algunos textos previamente elaborados durante mi trayecto por la maestría. Decido retomar y ampliar un poco más la cuestión del género, tratada en el curso de antropología de la cultura. Particularmente, ciertas nociones que tienen que ver con lo que se conoce comúnmente como trabajo sexual.

Para lograr lo anterior, recurro a algunas de las ideas de Silvia Federici, Judith Butler, Françoise Héritier, Clara Coria y por supuesto, Marta Lamas, a quien tuve la oportunidad de pedirle algunas recomendaciones para mi investigación, por lo que su trabajo titulado “*El fulgor de la noche*”, resulta de suma utilidad para relacionar muchas de las propuestas que aquí se expondrán.

Intentando hacer partícipe de este ensayo a una de mis informantes clave, presento también, unas cuantas de sus perspectivas respecto a determinadas posturas de las autoras antes señaladas, específicamente de Silvia Federici y Marta Lamas –una elección basada en la revisión de algunos de sus textos en cursos impartidos en la maestría-, ya que, desde mi punto de vista, son ellas quienes más referencias hacen en distintos trabajos hacia lo que Lamas denomina “comercio sexual”.

Sin el afán de hacer repeticiones de ensayos anteriores, y sólo para poner en contexto este trabajo, comienzo por dar un panorama muy general sobre la página de modelos de cámara web *MFC*, para después describir brevemente a mi informante y así, dar el salto hacia la definición de género, que nos llevará a explorar algunas de las perspectivas de la modelo y de las autoras relacionadas con el trabajo o comercio sexual –ambas nociones estrechamente emparentadas-.

My Free Cams.com (MFC) es un sitio en internet dirigido a un público adulto que presenta, en su página de inicio, una lista muy amplia de mujeres que transmiten - a través de una cámara web-, distintas acciones verbales y corporales ejecutadas "en vivo", las cuales regularmente tienen un precio y mediante las cuales se puede –o no- obtener una ganancia. Estas acciones son observadas por aquellas personas interesadas en ellas, que visitan la página web antes citada.

Las mujeres que llevan a cabo estas transmisiones, son conocidas comúnmente como “modelos de cámara web” (*webcam models*), mientras que, a las personas que acuden al sitio *MFC* a presenciar las actuaciones que ejecutan dichas modelos, se les denomina “usuarios”, “clientes” o “amigos”, dependiendo del tipo de vínculos que construyan en su paso por *MFC*.

Esta página web cuenta con modelos y "usuarios" provenientes de distintas partes del mundo. Sin embargo, he decidido limitar el espectro de la investigación y únicamente tratar de entablar comunicación con modelos mexicanas, aunque su público esté conformado por personas de diversos países y excluyendo, en ocasiones, a usuarios latinos y/o mexicanos, según la información que he podido recabar hasta el día de hoy.

Luego de esta descripción a grandes rasgos de *MFC*, ofreceré algunos detalles acerca de la modelo que accedió a brindarnos sus opiniones respecto a las ideas de Federici, Lamas y Coria, sobre el trabajo sexual. La condición que solicitó fue la de no hacer referencia a ella ni con su nombre real, ni con su nombre de modelo en la página, por lo que en adelante sus percepciones serán atribuidas al pseudónimo “Dina”.

Dina es una mujer mexicana de 29 años, actualmente reside en la ciudad de Santiago de Querétaro, y lleva desempeñándose como modelo de cámara web en *MFC* desde finales del 2016, hasta el día de hoy. Tiene una licenciatura y está comenzando sus estudios de posgrado en una universidad pública en México.

Según relata, ella se “conecta” a *MFC* dos o tres veces por semana, dependiendo el tiempo con el que cuente, realizando sus transmisiones desde su dormitorio, apoyada únicamente con su computadora personal –que tiene cámara web integrada-, una lámpara y algunos accesorios que utiliza para disfrazar un poco su identidad.

Su lista de “amigos” no incluye a nadie de México, y casi siempre tiene que comunicarse con ellos, y con “los usuarios” que llegan a su sala de chat, en inglés. Por el momento, comenta sentirse cómoda con la posibilidad que le brinda *MFC* no sólo de generar “ingresos extra”, sino de trabajar cuando puede, cuando quiere o cuando sienta que lo necesite.

He tenido la oportunidad de conversar ya varias veces con Dina desde que inició la maestría, y se ha mostrado siempre dispuesta a colaborar, por lo que las ideas que reproduzco a continuación, en ningún momento fueron manipuladas o editadas, y las expongo tal cual, con el único fin de mostrar su percepción respecto a algunos puntos del pensamiento de las autoras antes señaladas, concernientes, en su mayoría, al trabajo sexual.

Considero importante agregar este dato: las conversaciones que sostuve con Dina para elaborar este ejercicio, se llevaron a cabo en el mes de julio del año en curso entre la CDMX y Querétaro, ambas en el interior de una cadena muy comercial de cafeterías, con una duración total aproximada de 4:00 horas.

Lo que presento en seguida, son sólo algunas de sus ideas textuales resumidas por mi cuenta, con el fin de ofrecer un panorama concreto de sus perspectivas y posteriormente, poder desglosar y analizar toda la información recabada para construir la tesis que muestre los resultados de esta investigación.

Género

Antes de entrar de lleno al tema del trabajo sexual, me parece pertinente aclarar lo que se entiende por género –desde el enfoque revisado en nuestros cursos de antropología-.

Este término, casualmente, ha estado en boca de muchas personas últimamente, debido a una serie de hechos violentos perpetrados en contra de mujeres en la CDMX, que han desencadenado marchas y protestas encabezadas de igual forma por mujeres, muchas de las cuales se asumen como feministas, y que buscan que la justicia mexicana actúe para detener tantas atrocidades que se cometen a diario en contra de cientos de ellas.

Sin lugar a dudas, definir al género no ha sido una tarea sencilla, y son muchos los autores que han realizado aportaciones para su buen entendimiento. Inclusive, pareciera no existir una sola definición con la cual estemos todos de acuerdo y que resulte aplicable para la extensa gama de investigaciones y trabajos que se relacionan con su estudio.

Por ello, he decidido recurrir a Marta Lamas, Françoise Héritier y Judith Butler, quienes parecen coincidir en que el género no es una imposición natural ni biológica, sino más bien, tiene que ver con aspectos/construcciones sociales y culturales, que le dan forma y de alguna manera moldean el actuar de los individuos.

Citando a Marta Lamas, el género “se refiere al conjunto de prácticas, creencias, representaciones y prescripciones sociales que surgen entre los integrantes de un grupo humano en función de una simbolización de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres”. (Lamas, 2000:3)

El género, al producir un imaginario social y dar lugar a concepciones sociales y culturales sobre la masculinidad y feminidad, suele ser utilizado para justificar la discriminación por sexo y por prácticas sexuales que se consideran diferentes a los modelos *heteronormativos*, planteados y establecidos por y para lo masculino y lo femenino. (Lamas, 2000:4)

Lamas, haciendo un análisis del género que retoma e incluye algunas propuestas esbozadas por Bourdieu, particularmente la de *habitus*, nos dice que “al sostenimiento del orden simbólico –marcado por el género- contribuyen hombres y mujeres, reproduciéndose y reproduciéndolo. Los papeles cambian según el lugar o el momento pero, mujeres y hombres por igual, son los soportes de un sistema de reglamentaciones, prohibiciones y opresiones recíprocas”. (Lamas, 2000:4)

Partiendo de esta especie de clasificación cultural, es que se establecen y se atribuyen cierta clase de características que en apariencia, pareciera que son exclusivas de uno y otro sexo en materia de moral, psicología y afectividad. (Lamas, 2000:3)

Según la antropóloga, “La cultura marca a los sexos con el género y el género marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano”. (Lamas, 2000:3-4)

Respecto a esta cita, es Françoise Héritier, en su apartado sobre la valencia diferencial de los sexos, quien también ofrece un posicionamiento de suma importancia para entender al género.

La autora francesa, propone que “las categorías de género, las representaciones de la persona sexuada, el reparto de las tareas tal como las conocemos en las sociedades occidentales, no son fenómenos de valor universal generados por una naturaleza biológica común, sino construcciones culturales”. (Héritier, 1996:21)

Casi para concluir con esta pequeña discusión sobre lo que podemos entender como género, desde ciertas perspectivas antropológicas, Judith Butler –quien también ha sido estudiada por Marta Lamas-, nos brinda otra idea que no hace más que enriquecer las propuestas hasta aquí presentadas: la *performatividad* del género.

Butler formula que, efectivamente, tanto como Lamas y Héritier lo proponen, el género es culturalmente construido. No obstante, hombres y mujeres, actúan o juegan un rol que resulta crucial para constituir el género que asumen y que le presentan al mundo.

Para que este género se considere *performativo*, tiene que surtir/producir una serie de efectos, que se traducirían en formas que consolidan la impresión de ser un hombre o una mujer. Pero el género no está contenido en el cuerpo sexuado ni en la interioridad de las personas, pues -casi en sintonía con Lamas y Bourdieu-, es un actuar cotidiano y repetitivo que se da dentro de normas culturales que no se transgreden de manera total. (Cano, 2018 *apud* Butler)

Después de revisar a estas tres autoras, quienes parecen coincidir en que el género es una construcción cultural a partir de la cual se establecen formas sociales de lo que corresponde tanto a los hombres como a las mujeres, considero pertinente cerrar este pequeño apartado con la siguiente cita de Marta Lamas, que resume de forma muy clara y concreta las ideas antes expuestas.

“El análisis de los rasgos ostensibles del género, su apariencia y su actividad como performance¹, representación, o *habitus*, rutinizado e integrado, apunta a algo básico: no obstante existen cuerpos de mujer y de hombre, no hay esencia femenina ni masculina. El análisis de la subjetividad de personas en cuerpo de mujer o de hombre conduce a reconocer algo similar: no hay características psíquicas exclusivas de un sexo”. (Lamas, 2000: 18)

Habiendo esclarecido algunos aspectos que permiten entender al género, continuaremos con el apartado correspondiente al comercio sexual.

Decido hacer esta conexión ya que, como podremos observar más adelante, la cuestión del género, al igual que la mayoría de las ideas que se tienen acerca del comercio sexual, suelen colocar en el centro de sus análisis a la mujer, por lo que me pareció necesario acercarnos al significado del género desde un inicio para realizar observaciones posteriores.

¹ Sólo me gustaría subrayar que, según lo explica Gabriela Cano en un breve análisis que hace de Butler, el performance y la performatividad del género no son sinónimos, por lo que al trabajar con estos conceptos habría que hacer las aclaraciones pertinentes.

Comercio sexual

En este apartado, antes de presentar las perspectivas de Silvia Federici, Clara Coria y nuestra modelo de cámara web, Dina, me gustaría delinear algunos puntos que honestamente no había considerado al momento de iniciar con la propuesta de mi investigación, pero que después de haber realizado una lectura de “*El fulgor de la noche*”, parece que se relacionan muy bien con mi proyecto: la prostitución y el comercio sexual.

Marta Lamas, menciona que,

“el término prostitución es muy amplio, se refiere a un fenómeno muy extendido, que engloba diversos tipos de actividades, jerarquizadas económica y socialmente, clandestinas, públicas y semioficiales, que van desde el taloneo en la calle hasta la refinada prostitución de alto nivel, parte integral de las transacciones políticas y de negocios, y que se combina con otro tipo de servicios. A pesar de esta diversidad, hay una significación implícita en el término prostitución: son prostitutas las que son contratadas por los clientes en las calles o en los bares. *Prostitución* es un término que únicamente alude de manera denigratoria a quien vende servicios sexuales”. (Lamas, 1993:111)

Al definir de esta forma a la prostitución, Lamas amplía el concepto y no lo reduce únicamente a aquellas personas que son contratadas por clientes en alguna esquina o en alguna “casa de citas”.

No obstante, tampoco está de acuerdo en definir a la prostitución sólo como un trato entre una persona que vende y otra que está comprando –idea que relaciona como una expresión más de la violencia simbólica de la que suelen ser objeto quienes se dedican al trabajo sexual-, pues entender así este fenómeno, lo va dotando de estigmas y etiquetas morales que oscurecen su comprensión, y que regularmente no hacen más que descalificar a quienes se dedican a esta actividad.

Por ejemplo, se suele hacer una división tajante entre aquellas mujeres decentes y las *putas*, que serían, en este caso, quienes se prostituyen o participan del comercio sexual, buscan su propio placer y de alguna manera se salen de las normas sociales establecidas para las mujeres a partir de “la valoración desigual de algo que debería ser común a ambos sexos: la actividad sexual, -mercantil o no- que es el andamiaje moral que rige la vida social”. (Lamas, 1993:131)

Es importante subrayar que en este circuito del comercio sexual, en efecto existe la persona que vende, pero también se encuentra la persona que compra el servicio, y el problema surge de los puntos de vista que hay sobre quiénes venden y quiénes compran, cayendo todo el peso moral, regularmente, sólo sobre aquellos que venden, y es que parece que vender y comprar tiene distintas valoraciones en la sociedad. (Lamas, 1993:129)

La cuestión del estigma y las posibles implicaciones sociales y morales las veremos más adelante de manera breve en las opiniones de una modelo de cámara web, pero por ahora, parece necesario incorporar al análisis ciertas posturas que provienen de Silvia Federici, precisamente sobre el trabajo sexual.

Estas ideas, las relacionaré con algunas más de Marta Lamas y con la opinión de Dina, por lo que con este pequeño ejercicio pretendo plasmar lo que una persona que se dedica a una de las formas del trabajo sexual, piensa de los postulados teóricos de estas autoras, algo que probablemente ayudará a hacer un poco más fina nuestra visión acerca del comercio sexual.

Para iniciar, las siguiente líneas provienen de la “Red por el Reconocimiento del Trabajo Sexual en Argentina”, específicamente de una entrada en su blog con fecha del 23-05-2014, titulada “*Sobre el trabajo sexual, estigma y feminismo*”, que es un fragmento de una entrevista realizada a Silvia Federici en el marco del 6º Festival Subversivo en Zagreb, Croacia, en el año 2013.

Silvia Federici menciona lo siguiente:

“Hay muchas mujeres: estudiantes, también amas de casa, que yo conozco, en Estados Unidos, que se dedican al trabajo sexual como complemento de los trabajos en los que no ganan lo suficiente, o para pagar su educación.

Conozco muchos, muchos casos de mujeres que hacen eso. Y más ahora que existe el trabajo sexual electrónico, se puede realmente hacerlo desde tu habitación; por ejemplo, sexo interactivo. No sé si ustedes tienen este tipo de trabajo sexual. Pero el sexo telefónico, el sexo interactivo, son formas en que el trabajo sexual se puede integrar a sus rutinas, mientras cocinan.

Pero mucho del aumento de trabajadoras sexuales tiene que ver con las condiciones de vida. Al fin y al cabo, el trabajo sexual es más rentable que trabajar de mucama. He investigado sobre mujeres inmigrantes que migraron como mucamas, enfermeras y en muchos casos después de uno o dos años, sí pueden, optan por ejercer el trabajo sexual, porque pueden ganar más en mucho menos tiempo.

Pero por supuesto que como en el seno del trabajo sexual se encuentra todo tipo de coerción, de brutalidad, el negocio del sexo es uno de los más violentos. Pero no es el más violento...” (Federici, 2013).

Sin dejar escapar la cuestión de la violencia, que aparece casi siempre como un elemento implícito en el comercio sexual –algo que más adelante Lamas critica con fundamentos-, Federici hace alusión a la existencia de algunas posibles “ventajas” que el trabajo sexual puede aportar a quienes se emplean en él.

En este mismo orden de ideas, Marta Lamas reconoce que:

“miles de mujeres que tienen la necesidad de trabajar, encuentran en la prostitución horarios flexibles y una entrada de dinero superior a la que encontrarían en el mercado laboral dada su escasa preparación.

Prostituirse, deja de ser visto como un problema individual y se convierte en una respuesta a la oferta de empleo que la sociedad hace a las mujeres. Y aunque la prostitución es la actividad exclusiva para lograr ingresos de un grupo determinado de mujeres, no hay que olvidar que también es una actividad complementaria de un grupo muy amplio de amas de casa, estudiantes y trabajadoras que "ayudan" al ingreso familiar de esa manera". (Lamas, 1993:103–106)

Partiendo de lo anterior, Dina opina:

“por el tipo de trabajo que yo realizo –modelo de cámara web-, estoy de acuerdo con estas ideas. Yo empecé a laborar a partir de las pocas oportunidades que tenía para ejercer la profesión para la cual me preparé, o por la poca paga que iba a obtener por trabajar largas jornadas.

El empleo de modelo de *webcam* ha sido una manera de ayudarme a mantenerme desde que terminé la universidad, yo decido sobre mis horarios de trabajo y el tiempo que le destino a cada transmisión que hago. También decido sobre los costos de las cosas que estoy dispuesta a hacer ahí.

Sin embargo, no he sufrido ningún tipo de violencia en el tiempo que llevo trabajando. Cada vez que veo que un "cliente" comienza a portarse grosero, tengo la opción de bloquearlo de mi *chat room* sin recibir algún tipo de represalia por parte de *MFC*". (Dina, 2019)

Como mencioné más arriba, la percepción casi inseparable que suele aparecer entre trabajo sexual y violencia, será retomada más adelante, cuando Lamas nos oriente en cuanto a las diferencias que existen entre la coerción y la trata, y el hecho de decidir, desde el libre albedrío, formar parte o no de alguno de los componentes de la industria sexual.

De acuerdo con Dina, y siguiendo a las autoras, los motivos que la orillaron a emplearse como modelo de cámara web, tuvieron mucho que ver con los beneficios que este trabajo podía brindarle a ella, tomando en cuenta las pocas oportunidades que se le presentaban en trabajos que la mayoría de la gente realiza y por los cuales, desde su perspectiva, se recibe una remuneración escasa que no corresponde al esfuerzo invertido.

Pareciera entonces que, el factor económico, resultó sumamente importante para ella al momento de iniciarse en el ámbito del comercio sexual, pero probablemente no haya sido sólo éste el único motivo a considerar.

Continuando con nuestro ejercicio de contrastar posturas, Federici hace referencia a la percepción que tienen algunas feministas sobre el trabajo sexual, en sus palabras:

“El movimiento feminista está realmente dividido en lo que respecta al trabajo sexual. Y no sé cómo es acá en Croacia, cómo es en los Balcanes (recordemos que menciona esto porque la entrevista a la que aquí hacemos referencia le fue hecha en Zagreb), pero sé que hay muchísimas discusiones con amigas feministas, que suelen estar del otro lado, porque tengo algunas amigas, algunas feministas, que no quieren ni escuchar del trabajo sexual.

Piensan que el sólo hablar de trabajo sexual es validar una actividad contraria a los derechos de las mujeres, que es contraria básicamente a la imagen transformadora de las mujeres.

Y por otro lado, hay muchas otras feministas que ven al trabajo sexual como un tipo de trabajo legítimo entre las opciones de las que disponen las mujeres, y yo me posiciono en este segundo grupo.

Pienso que criticar particularmente a las mujeres que eligen el trabajo sexual es una visión miope, porque deriva de una posición moralista, dado que hay muchas otras formas de trabajo que también exponen a las mujeres a las mismas situaciones peligrosas.

Y quizás en algunos casos incluso más. Y exponen a las mujeres a situaciones que básicamente las ponen en una posición completamente subordinada, y esa es una posición que las hace vulnerables a la violencia también...” (Federici, 2013).

De nuevo, la violencia se hace presente en este posicionamiento. Pero considero de gran utilidad retomar a Marta Lamas para complementar la visión de Federici.

Para la antropóloga mexicana,

“la crítica feminista intenta ser también una ética, en el sentido de que señala cuestiones específicas de la forma en que la existencia social es pensada. Creo que el objetivo ético - político de la investigación feminista debe ser la crítica a ciertas prácticas, discursos y representaciones sociales que discriminan, oprimen o vulneran a las personas en función de la simbolización cultural de la diferencia sexual” (Lamas, 2017)

De estas ideas, se desprende la siguiente reflexión de Dina:

“A veces, la decisión de ejercer un empleo de este tipo (sexual), surge también por curiosidades que se presentan en la vida sexual de las personas, y explorar tu sexualidad no debería convertirse en un debate de feministas o machistas. Es una cuestión personal que no puede encasillarse en un movimiento feminista, que en su intento por liberar a la mujer, termina por prohibirle y limitarla también”. (Dina, 2019)

Según aprecio, Dina parece estar más de acuerdo con la postura de Lamas, y menciona un elemento que no había resaltado hasta este momento: entrar al comercio sexual no sólo por motivaciones económicas, sino por la curiosidad de explorar la sexualidad de alguien que, en apariencia, quisiera ir más allá de las prácticas sexuales convencionales.

Me parece interesante esta idea debido a que, ya no sólo sería un elemento de coerción o de violencia, y tampoco uno económico el que podría estar impulsando a las personas a ejercer este tipo de empleos relacionados con el sexo.

La búsqueda de placer o la curiosidad por explorar su sexualidad de formas distintas a las establecidas, aprovechando los recursos tecnológicos puestos a su disposición, podría estar incluida en la lista de motivaciones de ciertas personas, y tal vez, Lamas hace hincapié en este factor, al sugerir que,

“algunas trabajadoras sexuales han caracterizado la prostitución como un acto transgresor y liberador. Lo que provoca el estigma, y muchas de las dificultades y discriminaciones que enfrentan las trabajadoras derivadas de él, es justamente la doble moral: la sexualidad de las mujeres es valorada de manera distinta de la de los hombres”. (Lamas, 2014)

Continuando con el contraste de ideas, los párrafos siguientes fueron extraídos de una entrevista titulada “*El sexo para las mujeres siempre ha sido un trabajo*”, realizada a Federici en la Revista Contexto, por la periodista y Dra. en Antropología, Nuria Alabao, en noviembre del 2018.

Federici hace alusión a la prostitución de la siguiente manera:

“Es una cuestión política fundamental reconocer que la prostitución –sobre todo para la mujer– tiene que ver con una condición estructural, con algo que está enraizado en la posición económica y social de las mujeres desde hace mucho tiempo.

Desde el principio del capitalismo las mujeres siempre han tenido que venderse, no sólo en el mercado laboral, sino también en el mercado del matrimonio. El matrimonio con la cobertura del amor ha sido un mercado que implicaba la posibilidad de supervivencia económica.

Entonces, prostituirse de una manera o de otra ha sido –y sigue siendo– el destino de las mujeres. Pensar que las mujeres únicamente venden su cuerpo en la calle o en un burdel es una ilusión, es una mentira. Las mujeres se venden de muchas formas y usan su cuerpo porque muchas veces no hay alternativa.

Por ejemplo, en los Estados Unidos las mujeres que trabajan como camareras no tienen un salario regular sino que dependen de la propina. Cuando se acercan al final de mes, tienen que resultar atractivas y ser amables para buscar propinas más altas...” (Federici, 2018).

Evidentemente, Federici sólo hace referencia a las mujeres como quienes están “vendiendo” un servicio al prostituirse en todo momento, pero, a diferencia de Marta Lamas, no presta atención a quiénes están consumiendo dichas ofertas, lo cual, como pudimos observar en párrafos anteriores, resulta fundamental para poder comprender al comercio sexual y los actores involucrados en éste.

Es así que Lamas sugiere:

“el feminismo ha tratado de contestar a estas interrogantes (aquellas razones por las cuales los hombres "consumen" la oferta que les presenta el mercado sexual, como la prostitución) definiendo la prostitución como una institución patriarcal, que refleja el ordenamiento social jerarquizado de género: el servicio sexual, afectivo o psicológico requerido por los hombres es justamente el servicio que dan "gratuitamente" las esposas en el ámbito "privado" y que las prostitutas venden en el ámbito "público". (Lamas, 1993:105)

Antes de hacer un breve comentario, Dina se expresa de este modo:

“Es cierto que algunas mujeres trabajamos en un ambiente sexual y mostrar el cuerpo es parte de lo que tenemos que hacer, pero eso no quiere decir que en otros trabajos se tenga que recurrir a esas "herramientas" si no queremos hacerlo, en esos aspectos considero que terminamos por desvirtuar las cosas.

Si el trabajo de una camarera no implica verse más atractiva, no tendría por qué hacerlo para recibir mejores propinas. Tampoco creo que la mujer venda su cuerpo de varias formas, no me gusta pensar a la mujer como una víctima del sistema capitalista, pues no creo que sea así. Sí existen ciertas diferencias entre hombres y mujeres en varios campos, sobre todo en el laboral, pero también creo que tenemos algunos beneficios que ellos no”. (Dina, 2019)

Algunas cuestiones aquí que conviene abordar. Para Federici, el destino de las mujeres está en venderse, incluso en el matrimonio, ya que según su filosofía, la mujer tiene que emplearse dentro y fuera del hogar, recibiendo sólo más quehacer y menos paga por ambos trabajos, pues aquellas labores domésticas encaminadas a reproducir a la familia y a la fuerza de trabajo para el capitalismo, no le son remuneradas.

Esto conecta, a su vez, con lo expresado por Lamas, cuando resalta que el servicio sexual, afectivo y psicológico, es dado de forma gratuita por las mujeres hacia los hombres, por lo que en este punto encontramos cierta concordancia.

Pero un elemento que introducen a la discusión tanto Lamas como Dina, es el uso que las mujeres le dan a su cuerpo, dentro y fuera del contexto sexual.

Cuando Federici sostiene que no hay alternativas y por ello las mujeres venden y usan su cuerpo de formas diversas, o al final de mes, momento en el que las camareras tienen que verse más atractivas para obtener más y mejores propinas, aparentemente estarían incrustadas en un círculo vicioso, en el que no parece haber más opción que utilizar su cuerpo para realizar un cambio casi superficial, efímero y fugaz de su situación.

En este punto en particular, recuerdo las sesiones impartidas por Marta Lamas, en las que se hizo referencia constante a los posibles beneficios laborales y económicos a los que una mujer puede tener acceso a través de su cuerpo.

Y es que según Dina, si el trabajo de una camarera no implica verse más atractiva, no tendría por qué hacerlo, ni recurrir a esas herramientas en trabajos que no lo requieren, tal como lo mencionaba Lamas, pues pensar que las mujeres recurren al uso de su cuerpo para obtener ciertas compensaciones, sin contar con la opción de negarse a ello – en muchas ocasiones-, estaría llevándonos a observar sólo una fracción de toda esta situación, que sin lugar a dudas, resulta demasiado compleja como para resolver en unas cuantas líneas, pero que parece importante señalar.

En concordancia con las posturas presentadas, Silvia Federici asume que:

“... mi filosofía y política feminista es que debemos luchar para expandir las posibilidades de sustentarse de las mujeres, para reducir o abolir la necesidad de venderse, no solamente de vender nuestros cuerpos, sino también de vender nuestros brazos, vender nuestras mentes o nuestros corazones.

Pero si a una mujer le permite mayores posibilidades vender su cuerpo que trabajar en una máquina veinte horas al día, yo no voy a ser la que le diga que no puede hacerlo.

No se puede pensar que todo es trata y que todas las mujeres que se dedican al trabajo sexual son víctimas. Hay miles y miles de mujeres que dicen que están angustiadas porque algunas feministas las degradan así o porque intentan ir contra sus clientes. Pero existe toda una evidencia empírica que demuestra que miles de mujeres ejercen voluntariamente.

También soy contraria a la glorificación del trabajo sexual, ni glorificar ni degradar. Es una forma de trabajo y la lucha está en que podamos organizarnos en todos los trabajos y organizarnos también para que tengamos posibilidades de escapar de todos ellos y no tener que estar obligadas a vendernos de ninguna manera...” (Federici, 2018).

A su vez, Marta Lamas expresa que,

“hablar solamente de mujeres víctimas de trata sin reconocer la existencia de otras trabajadoras sexuales favorece posturas fundamentalistas, que desvían la imprescindible lucha contra el tráfico hacia el absurdo proyecto de abolir todo el comercio sexual.

Y así como no hay que confundir la situación de las mujeres obligadas a tener sexo a través de engaños, amenazas y violencia con la de otras mujeres que realizan trabajo sexual por razones económicas, tampoco hay que confundir a los clientes.

Si bien hay cómplices indiferentes de ese atentado brutal contra la libertad y la dignidad que es la trata, en el comercio sexual también los hay respetuosos y atentos, como relatan las propias trabajadoras; algunos incluso se vuelven clientes “regulares” y desarrollan relaciones sentimentales que duran años.

Es imperativo deslindar el comercio sexual de la trata con fines de explotación sexual, pues dicha confusión se expresa en actos discursivos que logran un cierto efecto en la sociedad y en el gobierno”. (Lamas, 2014).

Teniendo en cuenta las aportaciones anteriores, que enfatizan la relación que suele haber entre mujeres trabajadoras sexuales y víctimas de algún tipo de trata o explotación, Dina concuerda en que,

“mucho del trabajo sexual en internet es por voluntad propia, nadie te obliga a hacerlo y eso se ve, por ejemplo, desde el funcionamiento de las páginas de internet en las que se puede laborar como modelo de *webcam*.

Puedes trabajar el día que quieras, a la hora que quieras, cobrar lo que quieras, hacer lo que quieras, trabajar donde quieras, todo lo decides tú.

También sería importante cambiar la percepción que se tiene de los “clientes” que recurren a este tipo de servicios, por lo menos los que se encuentran en las páginas de cámaras web. No todos están ahí buscando satisfacción sexual. También hay quienes necesitan platicar con alguien, les interesa conocer otras personas o simplemente son curiosos de lo que pasa ahí, no todos son violentos ni malas personas”. (Dina, 2019)

De la misma forma que Lamas, Dina propone prestarle atención a los clientes, quienes, aparentemente, también cargarían con una especie de estigma por ser aquellos que consumen lo que el comercio sexual les ofrece.

Asimismo, Marta Lamas propone –según sus investigaciones- la existencia de tres razones fundamentales por las cuales los hombres compran sexo, y que serían: 1) el ejercicio de la sexualidad sin compromisos, 2) la soledad, y 3) la compensación de una vida de pareja insatisfactoria sexualmente. (Woldenberg, 2017 *apud* Lamas)

Partiendo de esta especie de guía sobre los motivos del consumidor, sería interesante contrastar este modelo con la situación que atraviesan los “usuarios” de la página *MFC*, algo que será necesario explorar en el trayecto del proyecto de investigación al que este ensayo hace referencia.

Ahora bien, a estas alturas quisiera recurrir a Clara Coria, quien contribuirá dando inicio con el cierre de este apartado, desde su concepción acerca de lo que ella denomina como el “poder oculto” de las mujeres, el cual, explica mejor a continuación.

“El poder oculto, se traduce como la distribución sexual del poder, y se ejerce por las mujeres, emerge desde un espacio oculto o semi-oculto, situado en el ámbito privado y doméstico, utiliza recursos muy distintos a aquellos utilizados en el ejercicio del poder público, derivados de los sentimientos, de los afectos, de la contigüidad corporal y del erotismo.

La seducción adornada con más o menos erotismo es moneda corriente en esta sociedad lanzada frenéticamente al consumo de objetos y servicios. Si bien la seducción no es privativa de las mujeres, es en las mujeres donde la seducción parece adoptar características muy peculiares.

Parte de esa peculiaridad reside en el grado de cosificación que convierte a la mujer seductora en una mujer objeto. La idea de que la mujer –reducida prácticamente a un cuerpo para ser usado- es un objeto comerciable, subyace en la práctica de utilizar la seducción con fines extra-amorosos.

La idea de mujer objeto, también está presente en aquellas que se ofrecen al mercado de consumo compitiendo denotadamente por ocupar los primeros puestos en despertar el deseo masculino y lograr así un lugar de preferencia”. (Coria, 1991)

Por su parte, Marta Lamas apunta:

“ellas mismas –las prostitutas- aceptan que las mujeres tienen un "poder especial" sobre la mayoría de los clientes, y que éstos aceptan cualquier cosa que ellas les proponen. "Los podemos manipular muy fácil", "nos hacen caso si los apapachamos un poquito". (Lamas, 1993:123)

“La reivindicación de la libre elección se convierte así en "estar conscientemente en el escenario del sexo comercial: cada gesto, cada fingimiento, cada prestación, forma parte del ingreso con todas las de la ley en el escenario del mercado: hacer como que se da más para obtener lo más posible". (Lamas, 2014)

Sobre estas nociones, Dina nos ofrece la siguiente opinión:

“Aquí creo que hay un par de cosas en las que estoy de acuerdo y otras en las que no. Para empezar, sí es cierto que hay mujeres que utilizan su condición de mujer y lo que podríamos denominar como su "sensualidad" al grado de considerarse como un objeto (no por ellas, sino por las personas de fuera) para obtener atención y de ahí, escalar a la popularidad y a algunos privilegios.

También se puede decir que les agrada obtener la atención del género masculino y hasta cierto punto, la distinción entre sus iguales del género femenino. Esto puede verse mucho en las páginas de modelos de *webcam*, al final eso es lo que te da la oportunidad de generar mayores ganancias, una especie de competencia entre las mismas mujeres.

Sin embargo, y creo que pasa con varias modelos, no todas vivimos nuestro día a día de esta manera. Podríamos decir que en el mundo "real" somos personas comunes y corrientes que lo que menos esperamos es obtener beneficios o reconocimientos a través de nuestra "sensualidad". Al final, recurrimos a esto en nuestro trabajo porque a eso nos dedicamos, no porque así vivamos siempre.

Sí, somos muchas mujeres las que recurrimos a esto por trabajo, aunque también hay las que lo utilizan para obtener beneficios no sólo monetarios, otras por puro gusto, pero no por la atención de los hombres, sino por querer destacar entre las otras mujeres.

Pensar que las mujeres hacemos esto por los hombres es una visión muy reducida de las cosas y hasta cierto punto, machista. Yo me inclinaría más por la idea de querer ser mejores que otras mujeres, no para los hombres, sino por nuestra propia satisfacción”. (Dina, 2019)

Aparentemente, siguiendo a Clara Coria, Dina acepta que el uso de este “poder oculto” puede ser visto como una estrategia de la que se vale en su trabajo como modelo de cámara web.

Pero no sólo en su caso particular, puesto que, según observa, desde su experiencia en *MFC*, que otras mujeres que han decidido emplearse de esta manera, también podrían estar recurriendo a él, lo que les podría traer resultados que probablemente sean más fructíferos para ellas, aunque, algo que llama la atención, es la cuestión de un tipo de competencia entre las mismas mujeres, persiguiendo distintos fines.

En el caso particular de *MFC*, parece indudable que la competencia tendría como propósito captar la mayor cantidad de público, llamando la atención de más espectadores –a través de estrategias distintas, quizá algunas relacionadas al “poder oculto” o “poder especial” señalados por Coria y Lamas, respectivamente-, que pudieran acudir a presenciar los shows de las modelos y con esto, tener la posibilidad de incrementar sus oportunidades y ganancias en la página.

A la vista de lo expuesto, es innegable que mucho del ingreso que las trabajadoras sexuales generen –modelos *webcam* para nuestro ensayo-, ya sea alto o bajo, depende, en gran medida, de su aspecto físico.

No obstante, hay que señalar también, que no todos los hombres que se acercan a las modelos de cámara web, se quedan en sus salas de chat o terminan contratando un servicio (Lamas, 1993). La cuestión aquí, sería analizar las razones por las cuales ellos deciden no permanecer o dar propinas a las modelos, y qué papel juega en esta decisión la apariencia física de éstas.

Finalmente, después de haber hecho una lectura y síntesis de algunas ideas de Marta Lamas, decidí hacerle las siguientes preguntas concretas a Dina, inspiradas en la obra antes mencionada. Las preguntas surgieron en la última charla que sostuvimos, por lo que probablemente su estructura, planteamiento, dirección y alcance, no sean los mejores, pero permitieron captar una muestra sustancial para este ensayo.

-¿Cuál sería, para ti, la diferencia -si es que consideras que existe- entre la prostitución y el trabajo de una modelo de cámara web?

Dina: Creo que sí hay algunas diferencias entre uno y otro, pero también creo que no podemos mencionarlos como una especie de sinónimos.

Ser modelo de cámara web implica estar frente a una cámara en algún lugar que te haga sentir cómoda y segura, trabajas dentro del horario que te convenga y sí es que tienes ganas, cobras lo que tú desees y también por lo que estés dispuesta a hacer, sabes que si le dices que no a algún cliente, no te va a pasar nada y no te arriesgas más de lo que podría hacerlo una persona que se dedique a la prostitución.

Creo que la prostitución es un poco más compleja, seguramente habrá personas que se dediquen a eso de manera independiente y, al igual que una modelo de cámara web, tenga completo control sobre los horarios y tarifas que maneja; sin embargo, también debe haber quienes no tengan esa autonomía y tengan que rendirle cuentas a alguien más.

Además, el riesgo de que estés presente físicamente en un lugar y estés digamos "a la deriva" de lo que pueda ocurrir, es algo que las modelos de cámara web no experimentamos.

Y bueno, considero que la diferencia más importante entre uno y otro empleo es que, los modelos de cámara web no interactuamos en la vida "real" con las personas con las que hablamos a través de la página de internet; no tenemos relaciones sexuales con ellos y en lo personal, ese es uno de los motivos más grandes del por qué yo decidí trabajar ahí. Es un trabajo "sexual" en el que sólo interactúo -realmente- conmigo misma.

-¿Percibes algún tipo de "estigma social" hacia el empleo que decidiste llevar a cabo?

Dina: Un poco, algunas personas que saben que me dedico a esto no entienden muy bien a la primera. Después les explico y les parece algo curioso que haya personas que me paguen por hacer lo que hago. Algunos me piden que les enseñe cómo trabajo y otros simplemente se quedan callados y no se interesan por saber cómo es realmente este empleo.

De igual forma, en Facebook, he visto que cuando salen artículos o notas hablando de este tipo de empleos (relacionados con el sexo), los comentarios de los usuarios son muy degradantes respecto a las personas que nos dedicamos a esto.

Ellos -tanto hombres como mujeres- se expresan de manera grosera y hablan de este empleo como si lo conocieran y como si quienes lo ejerciéramos sólo estuviéramos buscando una salida fácil a nuestra situación.

Creo que cualquier trabajo sexual es mal visto por los demás, sus comentarios y opiniones al respecto hacen parecer que quien se dedica a esto es una persona *insaciable* o "*fácil*" que hace lo que sea por dinero, y creo que está muy lejos de ser algo así.

Puede ser que sí haya un motivo personal ligado meramente a las preferencias sexuales de cada quien, pero no quiere decir que sea el único motivo para dedicarse a esto y eso tampoco le da derecho a alguien más de denigrarte.

-¿Podrías mencionar algunas implicaciones sociales/morales que el hecho de ser una "modelo de cámara web", ha traído consigo?

Dina: Para empezar, no le he mencionado a nadie de mi familia que me dedico a hacer esto porque sé que se molestarían conmigo y me dirían que me dedique a otra cosa; aunque mis padres no son tan mayores y considero que podrían intentar entender por qué tomé esta decisión, no dejaría de ser algo que no les agradaría y que difícilmente aceptarían.

Entre mis amigos y conocidos ocurre algo parecido, no se los he mencionado a muchos pero quienes lo saben no se interesan por saber mis razones de dedicarme a esto, no sé si sea que literalmente no les importa o que conocen un poco de esto y no se les hace la gran cosa.

Mi pareja lo sabe y no le molesta, incluso algunas veces me apoya durante el trabajo y es algo que considero, no ocurre con muchas otras modelos, pues tal vez algunas parejas de estas personas se molestarían porque se dedican a esto. (Dina, 2019)

Luego de revisar estas respuestas, recurro a Marta Lamas de nuevo, en esta ocasión, con un punto que me pareció sumamente interesante, y que, en el caso de Dina, como muy probablemente en el de muchas otras personas dedicadas al comercio sexual, es complicado de tratar: el hecho de que la familia conozca de las actividades que ellos realizan.

En su investigación, Lamas observa que hay familias que no sólo conocen el trabajo que las mujeres llevan a cabo, sino que de alguna manera llegan a participar de éste de formas muy diversas. En palabras textuales de la también activista:

“Hay familias enteras que viven de la prostitución de una chica y hay familias que manejan esa situación como un "negocio" familiar. Las características de los dos modelos que pude detectar son:

a) Negador: En este modelo los hombres de la familia (padre, hermanos, cuñados) no "saben" a qué se dedica la hija (casi siempre la mayor).

Aceptan la versión de que trabaja de noche, de mesera o cajera, y que por ser turno nocturno gana mucho más de lo usual. Se le pide dinero constantemente y nunca se checa la disparidad entre lo que ella dice que gana y la suma mucho mayor que trae a la casa.

De vez en cuando, durante un pleito o una fiesta, le reclaman: "Eres una puta, tú crees que yo me creo lo de tu trabajo", pero siguen aceptando que ella mantenga a la familia. Es frecuente que la hija mayor pague las carreras de sus hermanos menores, les compre casa a los padres y los mantenga.

b) Abierto: Hay familias donde se acepta abiertamente que una o varias mujeres de la familia trabajen en la prostitución. Inclusive algunos hermanos o maridos encuentran trabajo como choferes o vendiendo cosas para las compañeras. Es frecuente que emparenten con otras familias involucradas en negocios vinculados al mundo de la prostitución". (Lamas, 1993:115-116)

Si bien es cierto que hoy en día, empleos como el de modelo de cámara web pueden llevarse a cabo de forma un tanto más "invisible", "clandestina" u "oculta", gracias al alcance y acceso que se puede tener a las nuevas tecnologías y medios digitales - herramientas indispensables para realizar este trabajo-, sería importante conocer si las familias de algunas modelos saben o no de su actividad, y si, como en el caso que descubre Lamas, hay quienes participan o hasta se benefician de éste, como la autora lo observó con la prostitución.

Para Dina, en definitiva, no resulta una opción viable hacer del conocimiento de su familia el empleo que ella desempeña en *MFC*. A pesar de ello, comenta que su pareja está de acuerdo e incluso la apoya –desconozco de qué manera- al momento de hacer sus shows, por lo que en este caso, podría estar encajando ligeramente en el modelo "abierto" propuesto por Lamas, pero habría que profundizar en ello para dar una mejor explicación.

El asunto que respecta al "estigma", también explorado por Lamas, de alguna forma lo confirma Dina, pues aunque al parecer no recibe ataques directos por el tipo de trabajo de decidió ejercer libremente, ha sido testigo de éstos, sobre todo, en redes sociales como Facebook, algo de lo cual también me he podido percatar.

Al momento de continuar recopilando información respecto a los modelos de cámara web, encontré artículos diversos esparcidos en la web, muchos de ellos con enlaces hacia las páginas de Facebook de las editoriales en las que fueron publicados, o algunos otros, con una especie de caja de comentarios integrada en la parte final del artículo.

Al leerlos, inicialmente como mera curiosidad, es notable la gran cantidad de comentarios –provenientes tanto de hombres como mujeres, en apariencia, guiándome por su identidad en línea- negativos en contra, principalmente, de quienes trabajan dentro de la industria sexual –mujeres en su mayoría-, haciendo mención casi nula o inexistente a quienes se dedican a consumir los servicios que tal industria ofrece.

Como lo relata Dina, y Marta Lamas, calificativos como “*putas*”, “*promiscuas*”, “*fáciles*” e “*insaciables*”, y recomendaciones como “*buscar un trabajo de verdad*”, “*no irse por el camino fácil de vender el cuerpo*”, o incluso “*dejar de ser huevonas y trabajar de forma honrada y honorable*”, son sólo algunas muestras que completan las cajas de comentarios que acompañan a muchos de estos artículos, algo que, indiscutiblemente, se relaciona con los estereotipos de género, que le han dado forma a una gran parte del contenido de nuestro pensamiento y sobre los cuales, habría que profundizar en el proyecto que planteo.

Y es que como lo resume Marta Lamas en estas líneas: “Lo que provoca el estigma, y muchas de las dificultades y discriminaciones que enfrentan las trabajadoras derivadas de él, es justamente la doble moral: la sexualidad de las mujeres es valorada de manera distinta de la de los hombres”. (Lamas, 2014)

Hasta aquí me parece que la información presentada, ha permitido darnos una idea de lo que un modelo de cámara web, opina frente a posicionamientos que tienen que ver con el comercio sexual, del cual ellas forman parte, a través de distintas páginas de internet. Indudablemente hay cuestiones para desarrollar con mayor detenimiento, pero dada la extensión de este texto, encuentro suficiente la construcción que intenté elaborar.

Conclusión

Considero que es complicado abordar temáticas como las que presento en este ensayo, particularmente aquellas relacionadas con las diversas corrientes feministas que están insertas en el mismo movimiento, pues posicionarse a favor o en contra de alguna, resulta, en ocasiones, difícil de sostener. Por citar un ejemplo, las decenas de posturas encontradas entre aquellas feministas que están a favor del trabajo sexual, y aquellas que lo desapruaban a causa de las diferentes expresiones de violencia que rondan de cerca a la industria del sexo y los individuos que forman parte de ésta, es un debate que no suele llegar a conclusiones satisfactorias.

A pesar de lo anterior, intentando enfocarme en lo que al comercio sexual se refiere, las sesiones, charlas y los textos que revisamos con la Dra. Marta Lamas en el curso de antropología de la cultura, surtieron efectos importantes en mi proyecto. Y es que, entender el fenómeno de la prostitución desde el análisis tan profundo y de primera mano que la autora ha realizado, resultó vital para tratar de equipararlo -de una forma muy elemental, probablemente-, con las actividades que llevan a cabo los modelos de cámara web.

Es posible que el ejercicio que conformó la mayor parte de este ensayo, se quede corto para poder elaborar hipótesis más generales acerca de las personas que se emplean dentro de la industria del sexo y los consumidores mismos, a quienes se suele no prestar demasiada atención, aun cuando forman parte indispensable para que el circuito del comercio sexual siga funcionando y arrojando ganancias para los distintos actores involucrados.

Aspectos como éste, que tiene que ver con el comercio sexual, al igual que las cuestiones relacionadas con los estigmas y las implicaciones morales y sociales que este tipo de empleos -relacionados con el sexo- pueden traer consigo, y que puedo decir, luego de elaborar este texto, que guardan estrecha relación con ciertos estereotipos de género, como la valoración desigual que existe en la sociedad de la forma en la que hombres y mujeres ejercen y expresan su sexualidad, son aspectos que salieron a la luz gracias al curso de cultura, específicamente a los enfocados con el tema del género.

Es por esto, que me pareció relevante intentar acercarnos a una definición de género al inicio, partiendo de autoras como las que fueron revisadas, ya que coinciden, cada cual con sus particularidades e importantísimas aportaciones, en que el género es una construcción cultural, y que el hecho de ser mujer u hombre, adquiere valores y ordenes jerárquicos distintos que la misma sociedad de la que forman parte, perpetúa y reproduce, lo que entorpece la tarea de comprender al género como algo que no es dado de manera biológica o natural.

Por supuesto que, dentro de los debates constantes que están presentes y que surgen a diario en torno al género, hay puntos que parecen interesantes y que no abordé aquí, no por falta de importancia, sino porque este ensayo no versa sobre los distintos planteamientos que existen en cuanto a la definición del término.

Sin embargo, y como se platicó muy brevemente con Marta Lamas en las sesiones que ella impartió, me parece interesante preguntarnos ¿Por qué las cuestiones que le atañen al género, parecen corresponder en su totalidad, única y exclusivamente a la mujer? Intento explicarme –sin ofrecer una respuesta- respecto a esta incertidumbre en seguida.

Discutiendo esta misma duda con el Dr. Héctor Guillén, nos resultaba complicado hallar una respuesta, ya que, como se vio incluso en este trabajo, cuando el concepto o la idea de género se trae a la discusión, de inmediato se le relaciona con cuestiones que tienen que ver con distintas situaciones que poseen un común denominador: la mujer como centro del análisis.

Este ensayo, por ejemplo, está inspirado en un apartado del curso de antropología de los sistemas económicos. Dicho apartado, subtulado como "economía y género", nos brindó la oportunidad de acercarnos a una pequeña cantidad de textos elaborados por feministas, que básicamente se enfocaban en el papel que desempeña la mujer dentro de diversos ámbitos económicos, pero que suelen estar relacionados –en su mayoría- con: trabajos domésticos, de cuidado, reproducción de la familia para el capital -como lo menciona Federici- e incluso con la sexualidad, vista por algunas de ellas como un "trabajo" que se ejerce de forma gratuita y casi subordinada dentro del mercado matrimonial.

Además, es común hoy en día -quizá de manera desafortunada-, encender la radio o el televisor, y escuchar que se están diseñando "políticas con perspectiva de género", o que se activan "protocolos o alertas de género", por parte de las distintas personalidades que conforman al gobierno mexicano.

Como si fuera una reacción casi automática o hasta interiorizada, sabemos que la implementación de ese tipo de mecanismos, se está haciendo con el propósito de intentar procurar y mejorar la vida cotidiana de las mujeres en algún lugar en particular, lo que de alguna manera, me parece -y lo escribo como una percepción personal y sin un juicio de valor- estaría reduciendo el término "género" a aquellos aspectos exclusivos de la mujer, algo que considero complicado, pero interesante de analizar en investigaciones o proyectos futuros.

Por otro lado, sobre el trabajo sexual y las modelos de cámara web, si bien las opiniones de Dina son relevantes para la construcción del proyecto que he propuesto, hay elementos que aún no he desarrollado en su totalidad, y que, como se me recomendó, sería pertinente abordar.

Al sostener una pequeña charla con el Dr. Pablo Castro, él mencionó que el aspecto sexual podría no ser el único lente desde el cual se observarían las motivaciones de los consumidores -algo que también señaló Marta Lamas- de las páginas de modelos de cámara web, como *MFC*.

El Dr. Castro hizo énfasis en que probablemente, existiría una nueva configuración de relaciones sociales en estos sitios que en apariencia, están permeados por una atmosfera meramente sexual, pero que pueden no sólo estar centrados en dicha temática.

Y es que, como lo he podido observar y platicar con Dina en algunas ocasiones, muchos de sus "seguidores" y "amigos" en *MFC*, la buscan sólo para platicar, dejando de lado el poder hacerle peticiones que podrían considerarse como sexuales.

Inclusive, estos "amigos" le otorgan propinas y la recomiendan con más personas en *MFC*, por lo que este punto podría contribuir, quizá, a difuminar ciertos estereotipos o estigmas, que también estarían puestos sobre los hombros de los "usuarios" de este tipo de servicios, ofrecidos por la industria del sexo en la web.

Otra recomendación que es fundamental mencionar, en este caso, es la situación social y económica de las modelos de cámara web. Como lo señala ampliamente el trabajo de Marta Lamas, una parte importante de las mujeres que han decidido prostituirse, proviene de estratos económicos considerados como bajos en la sociedad.

Incluso, muchas de estas mujeres, realizan su trabajo en condiciones precarias o deplorables, que ni siquiera les garantizan un cuidado adecuado de su salud, lo que puede traerles severas consecuencias, laborales y personales, a corto plazo.

En el caso de las modelos de *webcam*, la brecha económica y social, podría estar presente de distintas maneras, aunque me parece, es un poco más difícil de observar a simple vista.

Dina, por ejemplo, logró terminar una carrera universitaria, y actualmente está cursando una maestría, por lo que el trabajo de modelo de cámara web, representa para ella, hoy en día, un complemento o un ingreso extra a los recursos que le genera el ser una estudiante de posgrado. Es decir, Dina no depende totalmente de ese ingreso para mantenerse, a diferencia de muchas otras modelos que, muy probablemente, dependan en su totalidad de las ganancias que este empleo les genere.

A su vez, algo que he podido observar en páginas distintas a *MFC*, como *Chaturbate*, por citar sólo un ejemplo, es que las condiciones en las que muchas personas -hombres y mujeres- modelos de cámara web presentan sus shows, suelen no estar acompañadas de los mejores equipos y aditamentos para hacer sus transmisiones.

Aunque no lo parezca, la "escenografía" que acompaña a las modelos, suele ser un factor a considerar al momento de ingresar o no a sus salas de chat. Pero no sólo la escenografía y el aspecto físico son relevantes en este medio, pues el idioma, también juega un papel primordial.

En *Chaturbate*, existen modelos -provenientes de países como Venezuela, México y Colombia- que no se comunican en inglés con los usuarios, o su manejo del idioma es muy básico, algo que, en ocasiones, podría significar una desventaja en cuanto a otras personas -provenientes también de esos lugares de habla hispana-, que tengan un mejor dominio del lenguaje, lo cual les permitiría expandir sus posibilidades frente a los usuarios de esta página de internet.

En este sentido, es conocido que en algunos países de Latinoamérica, como en algunos otros de Europa, existen "estudios" que les permiten a las modelos trabajar desde sus "habitaciones" o "sets", aparentemente bien diseñados y equipados con todo lo necesario para transmitir, sin inconvenientes, sus respectivos shows.

Aunado a este equipamiento tecnológico con el que supuestamente cuentan los "estudios", también encontramos otros actores involucrados en estas dinámicas de "producción", pues hay: "coaches" de modelos, camarógrafos, personas que fungen como una especie de directores del show, y hasta interlocutores entre usuarios y modelos, que suelen hablar inglés y así, traducir las peticiones de los "clientes" para que las modelos las puedan llevar a cabo.

Todo este conjunto de personas, ampliaría y probablemente modificaría el universo que está detrás del show de las modelos, y podría prestarse a distintas interpretaciones, dependiendo el análisis que se le esté aplicando al fenómeno.

Es importante enfatizar, que el servicio que ofrecen los estudios antes mencionados para las modelos tiene un costo, cuyo monto desconozco, así como la forma en la que se manejan y se distribuyen los recursos obtenidos, pues quizá las modelos destinarían parte de sus ganancias a cubrir gastos, ya no sólo de *MFC* como plataforma que les permite laborar, sino de las agencias o estudios que están detrás de ellas brindando este tipo de servicios, al cual no todas acceden por distintas razones.

Si bien es factible sugerir que los modelos de cámara web forman parte del comercio sexual, puesto que en un principio, ofrecen servicios que podemos calificar como sexuales por los cuales reciben distintas compensaciones –no sólo económicas-, cabría preguntarse también, si las decisiones que ellas han tomado para emplearse como modelos, pasan únicamente por el factor económico, o cuáles otras motivaciones las condujeron a querer formar parte de una industria que se vale del trabajo sexual para seguir vigente hoy en día.

Otro factor que sería interesante analizar, es aquel relacionado con las expectativas culturales que existen y predominan sobre la sexualidad, tanto de los hombres como de las mujeres, y de qué manera éstas afectarían o no, en su desempeño dentro del comercio sexual, tanto como vendedores, como consumidores de estos servicios.

Posiblemente son muchas las vetas hacia las cuales se puede dirigir y expandir esta investigación, y algunas de ellas serán imposibles de abordar por mi cuenta. A pesar de esto, considero que las ideas plasmadas en este ensayo, en cuanto al género y al comercio sexual respectan, se conectan de buena manera con el empleo que llevan a cabo los modelos de cámara web en *My Free Cams.com*; una forma de trabajo que se presenta como una opción más, ante la precaria situación económica y laboral que enfrentan hombres y mujeres día con día.

Bibliografía

Alabao, Nuria. (2018), “El sexo para las mujeres siempre ha sido un trabajo”, *Revista Contexto*, núm. 195. <https://ctxt.es/es/20181114/Politica/22841/silvia-federici-el-sexo-ha-sido-un-trabajo-para-las-mujeres.htm>

Cano, Gabriela. (2018), *¿Por qué importa Judith Butler?*, El Colegio de México, México. <https://www.youtube.com/watch?v=2eE3h->

Coria, Clara. (1991), *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*, Paidós, España.

De la Barreda, Luis. (2017), El fulgor de la noche (II), *Periódico Excelsior*, Marzo 16 de 2017, México. <https://www.excelsior.com.mx/opinion/luis-de-la-barreda-solorzano/2017/03/16/1152323>

Federici, Silvia. [1975] (2013), “¿Por qué la sexualidad es un trabajo?”, en *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Traficante de sueños*, Madrid.

Héritier, Françoise. (1996), “La valencia diferencial de los sexos ¿se halla en los cimientos de la sociedad?”, en *Masculino/femenino: El pensamiento de la diferencia*, Ariel, Barcelona,.

Lamas, Marta. (2000), “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”, en *Revista Cuicuilco*, vol. 7, núm. 18, ENAH, México. <https://www.redalyc.org/pdf/351/35101807.pdf>

_____. (2014), “¿Prostitución, trata o trabajo?”, en *Revista Nexos*, Septiembre 1 de 2014. <https://www.nexos.com.mx/?p=22354>

_____. [1993] (2016), “El fulgor de la noche: algunos aspectos de la prostitución callejera en la Ciudad de México”, en *Debate Feminista*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género, UNAM, México.

_____. (2016), “Género”, en Fernando Castañeda, Laura Baca Olamendi y Alma Imelda Iglesias (coords.) *Léxico de la vida social*, UNAM, México.

_____. (2017), “Identidad, psiquismo y cultura”, en *Cuadernos de la Coordinación de Humanidades de la UNAM*, UNAM, México.

Red por el Reconocimiento del Trabajo Sexual en Argentina. (2014), “Silvia Federici. Sobre trabajo sexual, estigma y feminismo”, <http://redreconocimientotrabajosexual.blogspot.com/2014/05/silvia-federici-sobre-trabajo-sexual.html>

Woldenberg, José. (2017), "Pensar, despenalizar y regular el comercio sexual", en *Revista Nexos*, Julio 1 de 2017. <https://www.nexos.com.mx/?p=32746>



POSGRADO
EN CIENCIAS
ANTROPOLÓGICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

CONSTANCIA DE EVALUACIÓN DEL ENSAYO
PARA LA OBTENCIÓN DEL DIPLOMA EN LA
ESPECIALIZACIÓN EN ANTROPOLOGÍA DE LA CULTURA

DÍA	MES	AÑO
31	10	2019

ALUMNO: ALPIZAR JIMÉNEZ RODRIGO

MATRICULA: 2183800028

TRIMESTRE 19-P

DIRECTOR: NÉSTOR RAÚL GARCÍA CANCLINI

EL ALUMNO PRESENTÓ EL ENSAYO TITULADO:

Género y comercio sexual: perspectivas de una modelo de cámara web sobre el trabajo sexual

OBTENIENDO LA CALIFICACIÓN DE:

APROBAR (X)

NO APROBAR ()

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

Casa abierta al tiempo

04 NOV 2019

COORDINACIÓN DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTOR DEL ENSAYO

DR. NÉSTOR RAÚL GARCÍA CANCLINI

COORDINADOR DEL POSGRADO

DR. PABLO CASTRO DOMINGO



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Fecha: 20/02/2020
(día / mes / año)

Representante Legal

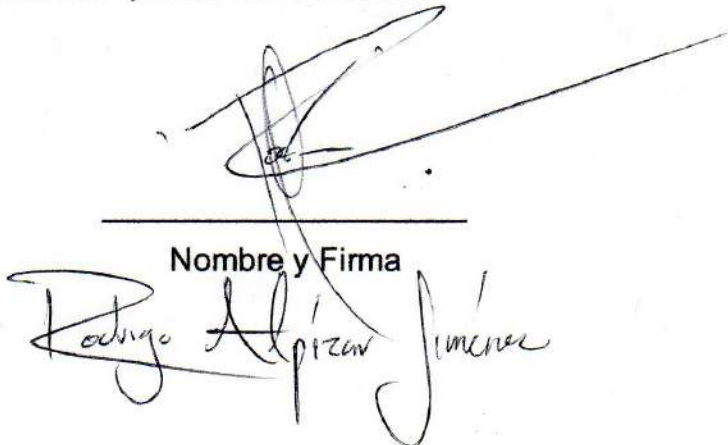
Universidad Autónoma Metropolitana

Presente

Rodrigo Alpízar Jiménez alumno(a) del programa de posgrado Especialización, Maestría y Doctorado en Ciencias Antropológicas, con número de matrícula 2183800028, manifiesto bajo protesta de decir verdad ser el autor (es) intelectual de la presente tesis de grado (obra) titulada Género y comercio sexual: perspectivas de una modelo de cámara web sobre el trabajo sexual, y que esta es una obra original, la cual no tiene contenido lascivo contra terceros, por lo que de conformidad con los artículos 26 y 27 de la Ley Federal del Derecho de Autor, autorizo a la Universidad Autónoma Metropolitana para que por tiempo indeterminado y de manera gratuita, haga uso de mi obra para consulta, descarga total o parcial, difusión, reproducción en cualquier medio físico o electrónico, adecuación de formato con fines académicos, de investigación y sin fines de lucro, siempre y cuando la Universidad Autónoma Metropolitana respete los derechos morales que ostento como autor, conforme a los artículos 18 y 21 de la citada Ley.

Asimismo, me hago consciente y sabedor de que a través del acceso abierto en el repositorio de la Universidad Autónoma Metropolitana, mi obra estará considerada como divulgación previa con todas las implicaciones que se derivan de ello.

Nombre y Firma


Rodrigo Alpízar Jiménez